

Javier de Viana



Atanasilda

textos.info
biblioteca digital abierta

Atanasilda

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7629

Título: Atanasilda

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 30 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 30 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Atanasilda

Al maestro Lugones.

El camino real, ladereando una cerrillada, describía tres cuartos de círculo para ir a rozar la estancia del "Venteveo", donde tenían su posta las diligencias. Desde su aparición en la falda hasta su llegada a las casas, las diligencias demoraban más de media hora; y, durante cuatro años, Atanasilda sufrió media hora de angustias, tres veces en la semana.

Ella levantábase con el alba, invierno y verano, para ordeñar las lecheras; y mientras ordeñaba, —los días en que iban diligencias del "centro",—su mirada clavábase insistente en la curva gris por donde debía aparecer el ruidoso vehículo, encarnizado portador de desengaños. "Tatú", su perro favorito, se daba esos días un regalo, pues ocurría indefectiblemente que la moza, preocupada y distraída, echara fuera del tiesto todo el contenido de una teta, que el can iba golosamente "lambeteando" del suelo.

¡Cuatro años de angustiosa espera!... De tanto esperar y de tanto sufrir, recordaba ya imperfectamente los rasgos fisonómicos de Raúl Linares, el joven pueblerero que había ido a pasar unas vacaciones en estancia lindera, que había bailado con ella en unas romerías, que le había mentido amores, y que se marchó jurándole pronto regreso...

Ya no lo esperaba; y sin embargo, todos los turnos de diligencia madrugaba más que de costumbre e íbase al corral, y ordeñaba inquieta, atisbando siempre el camino, mientras su pequeño Raúl, descalzo, envuelto en un harapo, jugaba con el barro y con el perro, —únicos juguetes de que podía disponer,—entre las patas de la lechera y del ternero...

Y ocurrió que en una madrugada de Agosto, fría y ventosa, al ver aparecer en la ladera, la caja amarilla de la diligencia, el corazón le dio un vuelco, anunciándole "algo"... Se olvidó de manear la barcina,—que era arisca,—y al oprimirle la teta, ella pateó, volcándole un balde de leche... Desató el

ternero para el apoyo, y el ternero se le "durmió" a la teta, dejándola exhausta...

Y estaba toda trémula cuando los viajeros descendieron, para desentumecerse, mientras mudaban caballos; y estuvo a punto de sentirse mal cuando vio una pareja que, cogidos del brazo cubiertos con una manta, avanzaban hacia el corral; y creyó morirse cuando una voz, cuyo timbre resonó en sus oídos recordando besos y caricias,—díjole—indiferente:

—¿Quiere darnos un par de vasos de apoyo?...

Mecánicamente, automáticamente, Atanasilda ordeñó y alcanzó al mozo el jarro de leche, que bebieron, un sorbo él, un sorbo su compañera, haciéndose mimos y diciéndose zonceras de recién casados.

Atanasilda observaba atónita: aquel era Raúl, su Raúl, que al volver tras cuatro años de engaño no la reconocía, o aparentaba no reconocerla y tenía el descaro, cometía la infamia de presentarse delante de ella con otra mujer,—una rubiecita endeble, flaca, insignificante, que lo besaba y lo acariciaba con el mayor descaro.

Ahogada por la pena, no atreviase, no podía hablar. En tanto la forastera, con esa necesidad de crítica perversa que sienten las almas chicas y ruines, dijo, haciendo aspavientos y señalando al pequeño Raúl que la miraba asombrado, la cara sucia de tierra, un dedo en la nariz:

—¡Qué herejía tener una criaturita así, casi desnuda, con un frío semejante!...

—Están acostumbrados,—explicó Raúl y pidió otro jarro de apoyo.

—Son como los animales, —exclamó la joven con un gesto de profundo disgusto...

Atanasilda se irguió rápidamente, arrebolósele el moreno rostro, brilláronle los ojos color de pozo, tembláronle los labios, color de ascua... y luego bajando la cabeza, púsose en cuclillas; y tranquilamente, sosegadamente, filosóficamente, comenzó a llenar el jarro con espumosa leche, mientras los dos enamorados se estrechaban bajo la manta y se besuqueaban sin reparos.

Cuando hubo terminado, Atanasilda se puso de pie, miró a Raúl y luego a su compañera con expresión de odio feroz, de odio felino, y, tomando de un brazo al chico y zamarreándolo, le entregó el jarro, señaló al forastero y dijo con acento de fiera enfurecida:

—¡Alcánzale eso a tu padre!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.